

Segunda **II**

---

**Violencia, una mirada desde la psicología**



# Capítulo 7

## Factores psicológicos de la violencia

*G. Nathzidy Rivera-Urbina<sup>1</sup>*  
*Ana Lucía Jiménez-Pérez<sup>2</sup>*  
*Eunice Vargas-Contreras<sup>3</sup>*  
*Denys Serrano-Arenas<sup>4</sup>*

<https://doi.org/10.61728/AE24004053>



---

<sup>1</sup> Doctora en Neurociencias y Biología del Comportamiento, Profesora de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Administrativas y Sociales de la Universidad Autónoma de Baja California. Email: [nathzidy.rivera@uabc.edu.mx](mailto:nathzidy.rivera@uabc.edu.mx) ORCID <https://orcid.org/0000-0001-8102-4992>

<sup>2</sup> Doctora en Psicología, Profesora de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Administrativas y Sociales de la Universidad Autónoma de Baja California. Email: [ana.jimenez14@uabc.edu.mx](mailto:ana.jimenez14@uabc.edu.mx), ORCID <https://orcid.org/0000-0002-8539-4074>

<sup>3</sup> Doctora en Psicología, Profesora de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Administrativas y Sociales de la Universidad Autónoma de Baja California. Email: [eunice.vargas@uabc.edu.mx](mailto:eunice.vargas@uabc.edu.mx), ORCID <https://orcid.org/0000-0002-5238-9527>

<sup>4</sup> Doctora en Ciencias en educación agrícola superior, Profesora de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Administrativas y Sociales de la Universidad Autónoma de Baja California. Email: [denys.serrano@uabc.edu.mx](mailto:denys.serrano@uabc.edu.mx), ORCID <https://orcid.org/0000-0002-4379-8863>

## **Resumen**

Existe un interés creciente en el estudio de la violencia, dadas las consecuencias que esta ha generado a nivel individual y social. En el presente trabajo se integran una serie de explicaciones derivadas de la psicología, con la finalidad de aportar elementos que permitan la comprensión del comportamiento agresivo, en su origen, continuidad y cambio. En este sentido el capítulo incluye explicaciones neuropsicológicas, conductuales y psicosociales, de tal forma que, ello permite dimensionar la complejidad de este fenómeno. Aunado a lo anterior se presentan diversos estudios que dan cuenta de la evidencia empírica sobre el estudio de este tipo de conducta. Finalmente se consideran los retos que se tienen de cara a realizar un trabajo multidisciplinario acerca de la violencia, de tal forma que, con ello se puedan gestar mejores condiciones de vida y de convivencia, en escenarios en los que la violencia sea cada vez menos frecuente.

### **Bases comportamentales de la violencia**

En 1996, la Organización Mundial de la Salud (OMS) en su 49ª asamblea mundial declaró que la violencia se trataba de un problema relevante de salud pública. En el reporte presentado el 3 de octubre de ese año se analizaron diferentes tipos de violencia como, por ejemplo: abuso y negligencia infantil, violencia juvenil, violencia de pareja, sexual, violencia hacia los adultos mayores, violencia auto infringida y violencia colectiva. La violencia puede verse reflejada en un gran número de conductas que están influidas por interacciones complejas entre la crianza, aspectos socio-culturales y factores neuro-biológicos. Actualmente los esfuerzos de la OMS se centran en mitigar la violencia en contra de las infancias y mujeres.

La violencia juvenil, según la OMS (2003), incluye las edades de 10 a 29 años, desde la infancia hasta los jóvenes adultos, situándose el pico más alto de actos violentos entre la adolescencia tardía y la juventud temprana.

La violencia se expresa a través de actos, y éstos pueden tener muchos matices, por ejemplo, el homicidio, riñas o peleas, bullying, abuso emocional, violencia de pareja, entre otros tipos de violencias. Los actos violentos pueden tener un impacto muy profundo sobre la salud mental y el desempeño escolar.

Pero además han de ser aprendidos, por lo que una sociedad que ejerce y tolera diversos matices de actos violentos, lo hace a partir de su propia estructura, la cual se instaura y se va aprendiendo a lo largo de la vida. Si para cometer el acto violento, debe haber alguien que lo ejerce y alguien que lo recibe, probablemente, desde la infancia temprana se empiezan a aprender roles de aquellas personas que ejercerán la violencia y aquellas otras que tendrán que soportar los actos violentos. Es decir, la estructura de la violencia se mantiene porque hay algunas personas que aprenden a tolerar y hay otras que aprenden a ejercerla, esto podría explicar el mantenimiento de la violencia de género por lo que cada vez que se ejerce, va más allá de quien la realiza y de quien la soporta (Hernández Hernández, et al. 2007). Por lo que es importante para los individuos y para las sociedades saber si sus miembros reconocen los diferentes matices de acciones violentas.

### **Aprendizaje de la conducta violenta**

Al referirnos al concepto de violencia, es necesario entenderlo en términos de comportamiento, más que de un constructo social subjetivo, ya que, en la medida en que el término es operacionalizado en conductas objetivas, es posible realizar acciones en favor de su prevención y tratamiento.

Generalmente se ha considerado que, comportamiento agresivo y violencia son sinónimos, sin embargo, Anderson & Bushman (2002) hacen una distinción; el comportamiento agresivo es entendido como aquel emitido por un sujeto, con la finalidad de causar daño a otros individuos, independientemente de la severidad del daño, mientras que, el concepto de violencia sí hace referencia a un nivel de daño severo, como por ejemplo la muerte, sin embargo, no existe consenso acerca de estas distinciones conceptuales (Massanet-Rosario, 2011), por lo que, el comportamiento violento sí es considerado agresión, y en este documento, usaremos de

manera indistinta estos términos.

La conducta agresiva tiene tres componentes: a) la intencionalidad, es decir, debe tener como finalidad causar daño a otros; b) genera consecuencias dañinas a otros y c) tiene múltiples manifestaciones (Anderson & Bushman, 2002), de ahí se considere no solo la agresión física, sino también la agresión verbal, el acoso y el abuso sexual, etc.

Se han tenido diversas explicaciones acerca del comportamiento agresivo o violento durante la infancia y la adolescencia, las cuales deben considerar dos elementos centrales para entender el desarrollo de lo psicológico: la continuidad y el cambio (Patterson, 2002). Considerando el elemento de continuidad, se han realizado estudios, que atribuyen un origen genético del comportamiento agresivo, por lo que se analizan similitudes entre gemelos, acerca de ciertos comportamientos que ocurren primordialmente en las etapas tempranas del desarrollo (Carroll et al, 2021), sin embargo, este tipo de explicaciones, deja de lado el proceso de cambio de dicho comportamiento, dado que miden atributos en un momento específico.

Así, el asumir una noción de aprendizaje que integra también la noción de cambio, permite identificar cómo es que las modificaciones en el contexto en que se desarrolla un individuo, alteran la probabilidad de presencia de conducta violenta. Se han documentado trabajos en los que se ha reportado que, aquellos niños que durante la etapa preescolar presentan comportamiento agresivo, mantendrán dicho comportamiento durante la edad escolar y seguramente en la adolescencia, en la cual se suman otros problemas de conducta antisocial.

Por ende, es fundamental comprender que, el comportamiento agresivo, al igual que muchos otros, es funcional (Patterson, 2002), pues se mantiene como función de consecuencias que lo refuerzan, es decir que, hay elementos ambientales que incrementan la posibilidad de que dicho comportamiento se repita en el futuro. Pensemos en el clásico ejemplo del niño o niña preescolar que acude al supermercado con su madre, éste pide que se le compre un dulce o algún juguete, la madre generalmente se negará en el primer intento del niño, lo que generará que este continúe insistiendo, modificando la forma de su comportamiento hasta que este sea aversivo (desagradable) para la madre, es decir, le gritará, la golpeará, se tirará al piso, etc.; lo más probable es que el comportamiento aversivo

del niño escale hasta obtener su cometido, por lo que, si la madre accede a comprar cuando el comportamiento aversivo ha iniciado, estará con ello, reforzando ese comportamiento y por tanto se presentará nuevamente en futuras ocasiones parecidas, en este sentido, la conducta aversiva del niño o de la niña, tiene la función de generarle ganancias: el juguete o la golosina. Cuando esta secuencia se repite una y otra vez, el niño la aprende y será capaz de generalizar a diferentes contextos.

En este sentido, las investigaciones sobre desarrollo del comportamiento antisocial, incluido el comportamiento agresivo, han mostrado que, este tipo de comportamiento también es aprendido a través de la observación de modelos violentos y que es en la familia donde se aprende esta conducta. Así, se ha reportado que los padres, madres o cuidadores principales, con frecuencia modelan a los niños, la utilidad de la conducta violenta, en situaciones en la que esta permite que episodios aversivos para el agresor terminen, tal es el caso de los momentos en que un adulto de la familia emplea la agresión verbal para evitar que otros miembros de la familia expresen desacuerdos (episodio que con frecuencia puede ser desagradable para quien agrede), al respecto podríamos considerar un ejemplo como el siguiente: pensemos en un adulto agresivo que, ante la expresión de desacuerdo por parte de algún miembro de su familia responde con gritos o con comentarios desacreditadores, en el futuro es altamente probable que, esos familiares agredidos, eviten expresar acuerdos y con ello evitarán las conductas aversivas que emite el agresor; de esta forma ambas personas “ganan”: el agresor gana no solo al reducir los desacuerdos por parte de los otros, sino al mismo tiempo, la posibilidad de mantener control del ambiente familiar y la persona agredida, gana cuando evita una interacción social conflictiva.

A lo anterior hay que sumar que, con frecuencia los padres, madres o cuidadores principales, no aprendieron comportamientos socialmente más adaptativos, en su propio contexto familiar. ¿Cómo aprender entonces formas de comportamiento distintas del comportamiento agresivo?, la respuesta es relativamente sencilla: la conducta prosocial o socialmente adecuada, es aprendida una vez que las personas obtienen ganancias por emitirla, dichas ganancias pueden ser: aprobación social, elogios, inclusión en grupos de pares, evitar ambientes desagradables. De tal forma que,

aquellos niños o adolescentes que observan las ganancias por este comportamiento en su entorno y reciben un adecuado modelamiento, tendrán mayores posibilidades de aprenderlo y generalizarlo.

En este sentido, también se encuentra la capacidad del aprendizaje por imitación, el cual está demostrado de manera jerárquica (Byrne & Russon, 1998), y los efectos de este tipo de aprendizaje se pueden observar en movimientos y conductas comunes, tales como el agarre, vestirse, la manera de comer etcétera. Para generar este aprendizaje se necesita de un modelo y un espectador, así algunos modelan conductas, y otros observan, aprenden y repiten el patrón, aunado a que se observa y se aprende también de las ganancias que otros obtienen por dicho comportamiento. Por lo que no habría que descartar que la violencia y sus matices se aprenden por imitación y esto de sostén a la estructura social violenta y que además los individuos que pertenecen a este tipo de grupos sociales no puedan ni sepan hacer la distinción de actos violentos.

### **Estudio de la conducta violenta.**

En el campo de la psicología, se han realizado experimentos con animales que pueden contribuir a la comprensión del mantenimiento del rol de aquellos que soportan la violencia y que no logran mantenerse fuera de círculos violentos (Seligman y Maier, 1967; Paré, 1992). Es posible que los recursos cognitivos y emocionales de ciertos individuos se hayan desarrollado para tolerar diversos matices de violencia. Por lo tanto, no se trataría únicamente de capacidades individuales, sino de condiciones sociales que influyen en esta dinámica.

Los experimentos realizados por Seligman y Maier (1967) demostraron que la indefensión puede ser un aprendizaje. En sus estudios, se eliminó la respuesta de escape en perros que fueron sometidos a descargas eléctricas de manera aleatoria. Por el contrario, los perros que podían evitar el castigo no toleraban ser castigados y buscaban activamente eludirlo. Estos hallazgos indican que la indefensión se puede aprender y se asocia con pensamientos de incapacidad y comportamientos pasivos ante situaciones de violencia.

La química cerebral desempeña un papel crucial en la facilitación del

ataque agresivo. Se ha demostrado que los niveles bajos de serotonina en el sistema nervioso central están asociados con un incremento en las conductas agresivas. Por ejemplo, en los experimentos realizados por Vergnes et al. (1988), se observó que, al inducir un inhibidor de la serotonina en el cerebro de un grupo experimental de ratas, este grupo mostró un aumento significativo en conductas ofensivas, así como en comportamientos relacionados con la caza y el ataque. En contraste, el grupo control también mostró un incremento en conductas agresivas, pero en respuesta a la actividad del grupo experimental. Estos hallazgos sugieren que el control inhibitorio de la conducta agresiva está mediado, en parte, por niveles adecuados de serotonina.

Un estudio adicional llevado a cabo por Howell et al. (2007) midió los niveles de serotonina en una colonia de macacos. Los resultados revelaron que los machos jóvenes con niveles más bajos de serotonina exhibían una mayor propensión a involucrarse en conductas de riesgo, incluyendo maniobras extremas, como saltos de hasta 7 metros, así como peleas en las que no tenían posibilidades de éxito. Algunos de estos macacos incluso perdieron la vida a consecuencia de estas conductas arriesgadas.

Estos estudios resaltan la importancia de la serotonina en la regulación de la agresión y el comportamiento de riesgo en diferentes especies, parece que la serotonina es fundamental para el equilibrio emocional y la regulación de la agresión, afectando tanto las respuestas individuales ante el estrés como las interacciones sociales. Su papel en la modulación del comportamiento agresivo resalta la importancia de mantener niveles adecuados de este neurotransmisor para la salud mental y el bienestar social. Interesantemente se sabe que el consumo de alcohol provoca alteraciones significativas en el metabolismo de la serotonina. Específicamente el consumo agudo de alcohol reduce los niveles de serotonina, por lo que el alcohol puede provocar comportamientos agresivos, en parte por el descenso en los niveles de serotonina (Pihl & LeMarquand, 1998. Badawy A. A., 2003). En ese sentido, podría ser preocupante que en el reporte del 2019 del Proyecto Universitario para Alumnos Saludables (PUERTAS), en la Universidad Autónoma de Baja California se informa que el 62.7 % de los estudiantes incluidos han consumido alcohol alguna vez en la vida.

Por otro lado, también se han realizado diversos estudios observacio-

nales con humanos, específicamente con adolescentes, los cuales han permitido tipificar comportamientos violentos tipo *bullying* y en los que se ha detectado que, este tipo de comportamiento, está asociado a que el agresor obtiene un bien o ganancia de parte de la víctima, de tal forma que estudios nacionales e internacionales han identificado cuatro tipos de roles en las interacciones violentas en este tipo de población: a) víctima, b) agresor, c) observador y d) aquel que desempeña un doble rol de víctima y agresor (Lebakken, 2008; Mendoza et al, 2016), señalando que, cada uno de estos roles tiene una función específica en el mantenimiento del comportamiento agresivo, lo que pone de manifiesto la importancia de poner especial atención no solo en uno o dos de los actores sino en la complejidad ecológica en la que estos comportamientos ocurren.

Los modelos experimentales para estudiar la violencia, tanto en modelos animales, como en contextos sociales y en entornos personales, ofrecen una visión más amplia sobre las dinámicas y manifestaciones de este fenómeno. Al medir la violencia, ya sea a través de estadísticas, encuestas o estudios de caso, se pueden identificar patrones y factores que fomentan su expresión y tolerancia. Esta medición no solo permite comprender la magnitud del problema, sino que también proporciona un marco para analizar cómo las experiencias individuales de violencia se entrelazan con tendencias más amplias en la sociedad. Así, al conectar la experiencia vivida con datos cuantitativos, se abre la puerta a estrategias más efectivas para la prevención y la intervención.

Debido a lo anterior, en el ámbito de la psicología, se emplean escalas que facilitan la medición cuantitativa de datos que, de otro modo, serían difíciles de cuantificar. Estas escalas permiten clasificar y comparar grupos o individuos de manera objetiva, lo que a su vez ayuda a identificar patrones y diferencias significativas en los datos obtenidos. El estudio de la violencia ha conducido al desarrollo de diversas escalas, tanto a nivel internacional como en la población mexicana. A continuación, se presentan algunas de las escalas que han sido reportadas en investigaciones con temática de violencia:

VADRI-MX Violence in Adolescent's Dating Relationship Inventory for Mexican Youth (Aizpitarte & Rojas-Solís, 2019). Este instrumento está adaptado a población mexicana, se trata de una escala tipo Likert de

19 enunciados; distribuidos en tres factores: violencia directa/severa (6 ítems), violencia psicológica/verbal (5 ítems) y violencia psicológica sutil/control (8 ítems). Este último factor cuenta con cuatro ítems sobre abuso digital. Cada afirmación de la escala cuenta con 10 puntos que van de nunca = 1 a siempre = 10.

*Cuestionario de Agresividad Premeditada e Impulsiva en Adolescentes CAPI-A* (Andreu, 2010). Se trata de un cuestionario de 23 ítems. que examinan agresión reactiva (instrumental) - proactiva (hostil). Los ítems son puntuados por el sujeto en una escala 0 a 2, donde 0 implica nunca, 1, algunas veces y 2, a menudo.

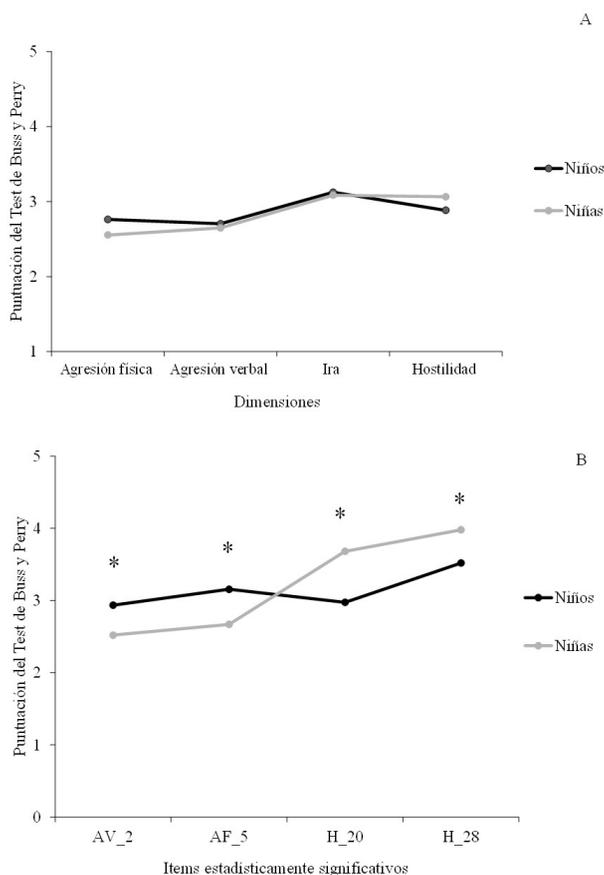
*Cuestionario de Exposición a la violencia CEV* (Orue & Calvete, 2010). Se trata de un cuestionario de 21 ítems, de los cuales nueve son de exposición directa o victimización y 12 de exposición indirecta (testigos de la violencia). Así mismo este instrumento considera los escenarios posibles en los que un estudiante puede verse expuesto a la violencia: casa, escuela, calle y televisión

*Cuestionario de agresividad de Buss y Perry* (1992). Se trata de una escala tipo Likert de 29 afirmaciones, incluye 4 dimensiones: agresión física (AF) (9 ítems: 1, 5, 9, 13, 17, 21, 24, 27, 29), agresividad verbal (AV) (5 ítems: 2, 6, 10, 14, y 18), hostilidad (H) (7 ítems: 4, 8, 12, 16, 20, 23, y 28) e ira (I) (8 ítems: 3, 7, 11, 15, 19, 22, y 25). Cada afirmación consta de 5 opciones de respuesta, en las que (1) significa no me identifico para nada y (5) implicaría que la persona se identifica totalmente. Las puntuaciones más altas corresponden a grados de agresión mayores.

Nuestro equipo de investigación aplicó el cuestionario de agresión de Buss y Perry, 1992 (versión en español) a 174 participantes (Edad promedio  $10 \pm 1.30$ ). Se realizó un análisis de varianza (ANOVA) de un factor (sexo) de acuerdo a los 4 promedios por cada dimensión de la prueba (agresión física, agresión verbal, ira y hostilidad) y los 29 ítems. Los resultados no arrojaron diferencias significativas para las 4 dimensiones de la escala (Figura 1 A), sin embargo, existen diferencias significativas entre sexos para cuatro de los ítems. En agresión verbal, el ítem 2, *Cuando no estoy de acuerdo con las personas, lo discuto abiertamente con ellas* ( $p = 0.036$ ). En agresión física el ítem 5, *Si me provocan lo suficiente, puedo golpear a otra persona* ( $p = 0.047$ ). En hostilidad el ítem 20, *Sé que los demás me critican a mis espaldas*

( $p = 0.002$ ) y el ítem 28, *Cuando la gente se muestra especialmente amigable, me pregunto qué querrán* ( $p = 0.034$ ) (Figura 1B).

Figura 1.  
Puntuaciones del Test de Agresión para una muestra de niños y niñas de 10 años de edad.



(A) Puntuaciones comparativas de las 4 dimensiones entre niños y niñas  
 (B) Puntuaciones comparativas entre niños y niñas para los ítems: AV\_2: Agresión Verbal, ítem 2: Cuando no estoy de acuerdo con las personas, lo

discuto abiertamente con ellas AF\_5: Agresión física, ítem 5, Si me provocan lo suficiente, puedo golpear a otra persona. H\_20: Hostilidad, ítem 20, Sé que los demás me critican a mis espaldas. H\_28: Hostilidad. Cuando la gente se muestra especialmente amigable, me pregunto qué querrán. (\*) Representa diferencias estadísticamente significativas.

Los resultados señalan que los niños dan respuestas más altas a enunciados relacionados con agresión verbal (discutir abiertamente) y agresión física (golpear a otra persona), en comparación con las niñas. Las puntuaciones se invierten en las oraciones, los demás me critican a mis espaldas y cuando se muestran especialmente amigables me pregunto qué querrán, son las mujeres quienes dan puntuaciones más altas respecto a su grupo de iguales en oraciones de tipo hostil. Los condicionamientos sociales respecto a cómo manifestamos, toleramos y soportamos los diferentes tipos de violencia marcan también los pensamientos y manifestaciones conductuales que nos llevan a demostrar las diferentes maneras de expresar violencia, en este sencillo ejercicio podemos ver cómo las mujeres puntúan más bajo en las manifestaciones físicas, es sabido que los hombres tienen mayor tolerancia en las sociedades de expresar corporalmente agresión ya que es una característica presumiblemente masculina.

El gobierno mexicano ha reconocido desde su página oficial que la violencia de género impacta gravemente a niñas y adolescentes, quienes enfrentan formas específicas de violencia relacionadas con su edad; las manifestaciones de violencia pueden incluir el castigo corporal, embarazo adolescente, matrimonio infantil, abuso sexual infantil (Gobierno de México, s.f.). Por estos motivos sería necesario generar la visibilización, acciones preventivas, pero también acciones que reviertan el aprendizaje del que ejerce la violencia y del que la tolera, a través de la responsabilidad y educación colectiva.

El estudio de Gallegos-Guajardo et, al. (2016) en el que se investigó a una muestra de 133 adolescentes de la ciudad de Monterrey, Nuevo León; de manera muy interesante encontró algunas diferencias de la percepción de la violencia, los adolescentes hombres perciben una mayor funcionalidad familiar en aspectos como adaptabilidad, cohesión y satisfacción, lo cual podría deberse a diferencias culturales en la crianza, donde los varones disfrutaban de más libertades y las mujeres tienden a evitar confrontaciones.

Otra muestra de ello, se encuentra en algunos de los resultados del proyecto PUERTAS, para la Universidad de Baja California, en su reporte del 2018-2019 se afirmó que el 11.3% de las mujeres fue víctima de violencia emocional en el noviazgo, así mismo mayoritariamente las mujeres (20.6%) suelen ser maltratadas verbalmente y/o emocionalmente en su núcleo familiar en comparación con los hombres (14.9%).

El contexto social es una variable crucial en la comprensión de la expresión y tolerancia de la violencia, ya que influye en las normas, valores y comportamientos de una comunidad. En sociedades donde la desigualdad, la discriminación y la exclusión social son predominantes, la violencia puede normalizarse y ser vista como una forma aceptable de resolver conflictos. Además, factores como la cultura, la historia y las estructuras de poder afectan la manera en que las personas perciben y reaccionan ante la violencia. En ese sentido, es fundamental analizar cómo estos elementos contextuales moldean las actitudes hacia la violencia, ya que una intervención efectiva debe considerar no solo las experiencias individuales, sino también el entorno social que las rodea.

En la adolescencia, el contexto social se convierte en un factor determinante para la expresión y tolerancia de la violencia, dado que los jóvenes son especialmente susceptibles a las influencias de su entorno. La dinámica familiar, la cultura escolar y las interacciones en grupos de pares pueden contribuir a la normalización de comportamientos agresivos o, por el contrario, a la promoción de la paz y el respeto. En entornos donde se perpetúan estereotipos de género, desigualdades y *bullying*, los adolescentes pueden ver la violencia como un medio para afirmar su identidad o resolver conflictos. Por lo tanto, es esencial considerar cómo estos contextos sociales moldean las percepciones y reacciones de los jóvenes ante la violencia, ya que abordar estas influencias puede ser clave para fomentar una cultura de no violencia y empatía entre ellos.

Como se comentó en el párrafo anterior, la violencia también se aborda desde un plano cultural. El caso con adolescentes escolares representa un problema importante por las consecuencias negativas que se derivan las cuales impactan en la salud mental y física. En este sentido, las normas, los valores y el contexto cultural ayudan a entender cómo los adolescentes se comportan, por ejemplo: las personas que tienen una actitud individualista

tienden a comportarse de forma más violenta (Sherer & Karnieli-Miller, 2004). Además, es común que los hijos que enfrentan situaciones adversas tienen la creencia de que pueden defenderse de actos de abusos escolares (Peets et al, 2015). Con relación a ello, en un estudio realizado con 200 adolescentes del Estado de México, donde se examinó el impacto de las actitudes hacia la violencia, la desvinculación moral, las creencias culturales y la aprobación de la violencia como predictores de la violencia escolar y la experiencia de victimización, además se analizaron las posibles diferencias que presentan los estudiantes agresores, víctimas y observadores de la violencia escolar con respecto a las variables de estudio, se encontró que los agresores reportaron índices más altos en lo que respecta a la percepción de la violencia como legítima, el nivel de desvinculación moral, el individualismo vertical y las actitudes hacia la violencia como forma de diversión, en comparación con las víctimas y los alumnos observadores. A su vez, la desvinculación moral y las actitudes hacia la violencia fueron los predictores más importantes de la violencia escolar y la experiencia de victimización (Vargas & Monjardín, 2019). Por lo que se observa, la cultura y los factores asociados a ello influyen en la percepción de los adolescentes sobre los riesgos, las implicaciones, el daño y las capacidades para enfrentarla por sí mismos. Además, se considera que influyen las personas que rodean al adolescente, tales como padres, profesores y los pares, es decir si estos actores se muestran agresivos o aceptan la violencia como algo natural, hay muchas posibilidades de que se imite dicho comportamiento.

Por último, pero no menos importante, debe ponerse atención al tema de la violencia en el noviazgo, la cual se ha estudiado considerablemente en los últimos 20 años a nivel internacional, sin embargo en México no ha tenido el mismo trato, considerando la relación juvenil como un vínculo distinto al de los casados o formalmente unidos, pero comparten una característica en común, que inicia sutilmente aunque una vez que comienza va escalando, teniendo un futuro triste y al mismo tiempo peligroso. En este sentido, en un estudio de Cárdenas et al. (2018) donde se buscó identificar la prevalencia de conductas violentas en 432 adolescentes de secundaria y preparatoria públicos y privados. Se aplicó el Cuestionario de Violencia en el Noviazgo [CUVINO] (Rodríguez Franco et al. (2010), se encontró una correlación positiva, aunque baja entre la variable edad y los

diferentes subtipos de violencia. Por otro lado, sí se encontraron diferencias significativas en cuanto a sexo para casi todos los subtipos de violencia. Este es un tema que requiere mayor atención por parte de los tomadores de decisiones en México, para dar cuenta del tamaño del problema, pero también para hacer trabajo de prevención efectiva desde las primeras etapas de la violencia y además para dar soporte a los involucrados, antes de que el desenlace sea fatal.

### **Conclusiones.**

Como puede notarse, existen sólidas evidencias derivadas de la ciencia psicológica, las cuales permiten comprender cómo es que se aprende y se mantienen diversos actos violentos, por lo que dicha información debe ser la base para el desarrollo de acciones tanto a nivel preventivo como correctivo. En ese sentido, generalmente las acciones se han conformado primordialmente por talleres informativos, en los que se indica a la población acerca de los tipos de violencia y cómo distinguirlos, sin embargo, llama la atención que, a pesar de la creciente difusión de esta información, las interacciones violentas se sigan manteniendo, lo cual nos pone de manifiesto que, definitivamente, se está dejando de lado que, no basta con tener conocimientos, sino que es fundamental conocer los elementos ambientales que mantienen este comportamiento y enseñar sobre habilidades que permitan a una persona evitar o huir de ese tipo de interacciones, pues un abordaje no cuidadoso de este tema, puede poner en riesgo la integridad e incluso la vida de la víctima, pues hay que recordar que, quien violenta lo hace como una manera de obtener ganancias y poder sobre otros, por lo que es posible que, si la víctima cuenta con el conocimiento pero no con las habilidades de afrontamiento adecuado, el comportamiento de quien agrede vaya escalando en su intento por no perder sus beneficios, de tal forma que ello lleve a desenlaces fatales.

Este abordaje requiere sin duda, de un trabajo colaborativo desde diversas aproximaciones: a) la psicológica, encargada de la explicación, predicción y modificación de las interacciones violentas; b) la social, con miras identificar aquellos elementos contextuales e institucionales que la han promovido históricamente; c) la educativa, entendida esta más allá del

escenario escolar sino incluyendo también la educación de las familias, al ser el primer grupo de socialización humana y d) la legal, en tanto que, la conducta violenta tiene consecuencias en este sentido, mismas que, no pueden ser negociables en ningún sentido.

Dado lo anterior, enfrentamos una serie de retos los cuales deben ser abordados y al mismo tiempo tener un impacto a niveles que vayan desde lo micro hasta lo macro social.

## Referencias

- Aizpitarte, A., & Rojas-Solís, J. L. (2019). Factor Structure of the Violence in Adolescents' Dating Relationships Inventory for Mexican Youth (VADRI-MX). *International journal of psychological research*, 12(2), 29–36. <https://doi.org/10.21500/20112084.4222>
- Anderson, C. A., & Bushman, B. J. (2002). Human aggression. *Annual review of psychology*, 53(1), 27-51.
- Andreu, J. (2010). Cuestionario de agresividad Premeditada e Impulsiva en Adolescentes CAPI-A. Hogrefe TEA Ediciones.
- Badawy, A. A. (2003). Alcohol and violence and the possible role of serotonin. *criminal behaviour and mental health: CBMH*, 13(1), 31–44. <https://doi.org/10.1002/cbm.529>
- Benjet, C. (2018-2019). Proyecto Universitario para Alumnos Saludables PUERTAS. Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz (INPRFM).
- Buss, A.H., & Perry, M. (1992) The Aggression Questionnaire. *J Pers Soc Psychol* 63:452–459.
- Byrne, R.W., & Russon, A.E. (1998). Learning by imitation: a hierarchical approach. *Behav Brain Sciences*. 21(5), 684-721. doi: 10.1017/s0140525x98001745.
- Cárdenas, F. P., González, B. Z., Sotelo, K. V., Martínez, J. I. V., Narváez, Y. V., Rodríguez, G. I. H. & Ramos, L. R. (2018). Violencia en el noviazgo en jóvenes y adolescentes en la frontera norte de México. *Journal Health NPEPS*, 3(2), 426-440.
- Carroll, S.L., Clark, D.A., Hyde, L.W., Klump, L. K., & Burt, S. A. Continuity and Change in the Genetic and Environmental Etiology of You-

- th Antisocial Behavior. *Behav Genet* 51, 580–591 (2021). <https://doi.org/10.1007/s10519-021-10066-8>
- Gallegos-Guajardo, J., Ruvalcaba-Romero, N. A., Castillo-López, J., & Ayala-Díaz, P. C., (2016). Funcionamiento familiar y su relación con la exposición a la violencia en adolescentes mexicanos. *Acción Psicológica*, 13(2), 69-78. <https://dx.doi.org/10.5944/ap.13.2.17810>
- Gobierno de México. (s.f.) Graves violencias que afectan a niñas y chicas adolescentes. <https://www.gob.mx/sipinna/articulos/graves-violencias-afectan-a-ninas-y-chicas-adolescentes>
- Hernández Hernández, F., Vidiella, J., Harraiz Garcia, F., & Sancho Gil, J. M. (2007) El papel de la violencia en el aprendizaje de las masculinidades. *Revista de Educación*. enero-abril. 342 103-125
- Howell, S., Westergaard, G., Hoos, B., Chavanne, T. J., Shoaf, S. E., Cleveland, A., Snoy, P. J., Suomi, S. J., & Dee Higley, J. (2007). Serotonergic influences on life-history outcomes in free-ranging male rhesus macaques. *American journal of primatology*, 69(8), 851–865. <https://doi.org/10.1002/ajp.20369>
- Lebakken, J. M. (2008). Implementing the Wisconsin bullying prevention curriculum in a family and consumer sciences education classroom. Tesis de maestría no publicada. University of Wisconsin-Stout.
- Massanet-Rosario, B. (2011). La agresión: explicaciones desde la psicología. *Revista Interamericana de Psicología Ocupacional*, 30(2), 212-227. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8654424>
- Mendoza González, B., Cervantes Herrera, A. R., & Pedroza Cabrera, t. J. (2016). Acoso escolar: diferencias en contextos educativos rural y urbano, en alumnado adolescente. *Investigación y Ciencia de la Universidad Autónoma de Aguascalientes*. 67: 62-70.
- Organización mundial de la Salud (1996). 49ª Asamblea Mundial de la Salud. Recuperado de: [https://iris.who.int/bitstream/handle/10665/203955/WHA49\\_R25\\_spa.pdf?sequence=1](https://iris.who.int/bitstream/handle/10665/203955/WHA49_R25_spa.pdf?sequence=1)
- Organización mundial de la Salud (2003). Informe mundial sobre la violencia y la salud. Recuperado de: <https://www.oas.org/ext/es/seguridad/red-prevencion-crimen/Recursos/Multimedios/ArtMID/1608/ArticleID/15/Informe-mundial-sobre-la-violencia-y-la-salud>
- Orue, I. & Calvete, E. (2010). Elaboración y validación de un cuestionario

- para medir la exposición a la violencia en la infancia y adolescencia. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 10(2), 279-292.
- Paré, W.P. (1992). Learning behavior, escape behavior, and depression in an ulcer susceptible rat strain. *Integrative Physiological Behavior Sci.* Apr-Jun; 27(2), 30-41. doi: 10.1007/BF02698502. PMID: 1610718.
- Patterson, G. R. (2002). Etiology and treatment of child and adolescent antisocial behavior. *The behavior analyst today*, 3(2), 133.
- Peets, K., Pöyhönen, V., Juvonen, J., & Salmivalli, C. (2015). Classroom Norms of Bullying alter the Degree to which Children Defend in Response to their Affective Empathy and Power. *Developmental Psychology*, 51 (7), 913
- Pihl, R. O., & LeMarquand, D. (1998). Serotonin and aggression and the alcohol-aggression relationship. *Alcohol and alcoholism (Oxford, Oxfordshire)*, 33(1), 55-65. <https://doi.org/10.1093/oxfordjournals.alcalc.a008348>
- Rodríguez Franco, L., Rodríguez Díaz, F.J., Antuña Bellerín, M.Á., & López-Cepero, J. (2010). Sensibilización y tolerancia a la violencia de pareja de novios en relaciones de noviazgo universitarias. En: Vázquez Bermúdez, I. (coord.) *Investigaciones Multidisciplinares en Género*. (pp. 897-907). Ed. Universidad de Sevilla, Unidad para la Igualdad.
- Seligman, M. E., & Maier, S. F. (1967). Failure to escape traumatic shock. *Journal of Experimental Psychology*, 74(1), 1-9. <https://doi.org/10.1037/h0024514>
- Sherer, M., & Karnieli-Miller, O. (2004). Aggression and Violence among Jewish and Arab Youth in Israel. *International Journal of Intercultural Relations*, 28 (2), 93-109.
- Vergnes, M., Depaulis, A., Bohrer, A., & Kempf, E. (1988). Selective increase of offensive behavior in the rat following intrahypothalamic 5,7-DHT-induced serotonin depletion. *Behavioural brain research*, 29(1-2), 85-91. [https://doi.org/10.1016/0166-4328\(88\)90055-1](https://doi.org/10.1016/0166-4328(88)90055-1)

